MAÑANA, EL FIN DEL MUNDO

Había engullido los *raviolis* muy descorazonadoramente. Y se había manchado las comisuras de los labios con salsa de tomate. No se limpió las manchas, de mal presagio, y tampoco pudo hacerlo el vino blanco y raspante. No tenía liras para pagar un segundo plato; así que salió a toda prisa del figón, con sus dos huellas rojas en el morro y con los ojos nublados y con un cansancio extraño, un cansancio que se diría que venía de lejos. Empezó a caminar hacia el Vesubio.

En Torre del Greco no le conocían, pero tampoco le conocían en ningún otro lado. ¿Quién era aquel tipo, con aire de fiebre, rostro tallado de rata, chaqueta de antaño y zapatos de suelas gastadas y finas como obleas? ¿Por qué no sentía la repulsiva molestia de los dos chafarrinones de tomate seco sobre su piel? ¿Por qué no necesitaba lógicamente lavarse, coger una buena navaja y degollar aquellos pelos negros, hirsutos, grasientos, que le emanaban turbiamente del pellejo?

Le danzaban los cuatro *raviolis* en el estómago y tenía las sienes hinchadas como globos de chicle. Todo indicaba que, en su caso, vivir era superfluo, y, sin embargo, una membrana, un resorte, un carburador, le hacían avanzar, tener algo que hacer, querer algo.

Nadie le conocía en los alrededores de Nápoles ni en Nápoles mismo. Venía, puede, de Pozzuoli, donde hierve la solfatara, donde la corteza resquebrajada de la tierra echa constantemente una pedorrera azufrada que preludia el infierno. O quizá procedía de Licola, una playa donde los napolitanos comían mejillones con un chorro de limón, y se libraban del tifus tirándose paradójicamente a un mar pestífero, lleno de latas, esqueletos de cangrejos y plásticos, un mar que en aquellos momentos —¿cuándo?— traía el cadáver húmedo de una gallina medio desplumada, grisácea, pálida, minuciosamente muerta. O no fue el tipo quien en el barrio Pendino, cerca del mercado de las baratijas y de los condones de Forcelle, vivía en una de esas casas que dan a la calle, una de esas casas compuestas de un solo cuarto y una puerta, y desde cuya puerta ves el cuarto con su jergón, y desde cuyo jergón ves una virgen de mejillas de mayólica sonrosada,

la palangana, los viejos calcetines. ¿Vivía allí y era entonces de los que vendían tabaco rubio a 299 liras y ginebra inglesa de grifo, sentado sobre una caja de plátanos vacía?

No, no es fácil dar una respuesta. Nadie le conocía en Licola, en Torre del Greco, en Pozzuoli, en Forcelle; nadie sabía si ayer comió mejillones fornicados con chorros de limón, o si había rezado ante el coágulo de sangre de San Jenaro, o si era quien, inocentemente, se había arrimado anoche mismo, en la plaza Umberto I, a una jovencita menuda, con pompis redondo y bien torneado y minifalda, que se paraba justo al principio del triángulo de la braguita, y camisa marinera a rayas, impotente ante el desparramarse de aquellas verdaderas sandías, y aquellos labios perversos con una lengua oculta en medio como una culebra roja... Pero que luego, al agarrarla, tantearla, consumirla —ya pagadas las tres mil liras del peaje—, demostraba inequívocamente lo masculina que era, ¡cielos!, la cantidad de cosas tan divergentes con las que le había dotado madre natura. Le dijo encima que tres mil liras eran pocas para uno como él, capaz de desempeñar misiones alternativas y brillantes en aquel catre, donde los muelles rechinaban cada vez que se daba un golpe de trasero, o que quizá rechinara porque los piojos en ese preciso instante iniciaban su masiva expedición a través del desierto de la sábana amarilla, su pía peregrinación hasta el Gran Cañón de la almohada fofa y tazada, manchada siempre de caspa y desamor.

Si era de aquel lugar, no tenía importancia, pues lo que quería, lo único que quería, era avanzar por las faldas del Vesubio, subir. Era de noche, pero la luna difundía un claror espeso de leche. Primero, el hombre atravesaba las viñas, donde aún no apuntaban los pezones de las uvas y donde no coleaban las lagartijas de la mañana. Luego cruzaba los bosques de pinos y daba puntapiés a las piñas secas, que se reían con carcajadas desdentadas de su empresa. Más tarde, más alto, la vegetación iba desesperándose y muriendo. Sólo resistían las retamas, retamas de amarillo incandescente, agarradas a la última tierra antes de la lava.

Pero no quería mirar aún arriba, a la cúspide, al cráter, a las fauces del volcán. Le pudo la fatiga, y la fuerza de los *raviolis* se le estaba a punto de agotar, como si le faltara gasolina; el hombre se detuvo un momento sobre el polvo. Le untó el silencio con su semen grueso. Nada, pues. Salvo un pájaro loco que pasó volando y chiflando por las faldas del volcán. «Un *uccello*», dijo el hombre, y ésta ha sido la primera y la última palabra que le oiremos. Dijo *uccello*, no por el pájaro, sino porque le recordaba el policromo, exuberantísimo, que

tenía Príapo entre las piernas, en la villa de los Vettii, allá abajo, en Pompeya. Se tentó el pantalón.

Ya no faltaba más que un último repecho, el más abrupto. La senda estaba ribeteada de escorias y de lava agujereada. Ya no había ni un cardo ni una mala ortiga. Los zapatos, desguazados, levantaban nubes de carbonilla gris, maléfica probablemente. De vez en cuando cogía un puñado de ceniza lávica. Como si fuese arena inocente, abría los dedos y dejaba escapar los granos más delgados; le quedaban en las manos pequeñas piedras espiradas del volcán. Se las echaba sobre el cogote a modo de ducha o, por qué no, de bautizo.

No había nadie en el cráter. El Vesubio dormía con la boca abierta, igual que un gran saurio. Sus crestas tenían destellos rojizos. Toda la lava en torno despedía un brillo de vieja sangre, de ese color tinto de los frescos de las villas muertas de Pompeya. Una gran pared de ceniza se desplomaba, como una postilla, desde el borde del volcán hasta su tráquea. Se paró de nuevo para intentar no dejarse asustar con aquella boca, que tanto tenía de vulva asesina. ¿No es acaso la del Vesubio la asesina y humeante vulva de la Tierra?

Se conoce que tenía tiempo, ya que miró también un poco a lo lejos, hacia abajo, hacia las luces tranquilas, culpablemente ignorantes, del golfo: maravillosa y resplandeciente la ingle que va desde Sorrento a Castellamare, Torre Annuziata, Torre del Greco, Ercolano, Nápoles, Pozzuoli, Bacoli, y en medio del mar, las islas de la fiesta: Capri, Procida, Ischia. El golfo, pensó, pero no lo pronunció, como había hecho con la ambigua palabra *uccello*. Sí, claro, era hermoso aquel punto de la Tierra. Un botón de muestra de lo que estriba el mundo, aquellas luces, aquel mar cepillado, el recogimiento de la bahía, la aparente vida alegre de los que roban las maletas y venden tabaco de extranjis; la satisfacción de un sitio tan pringado de historia (¿no son aquellos romanos que van a Cuma a consultar la Sibila?), los vinos blancos de Capri, las gambas y los salmonetes, los pescadores amantes baratos, las jugosas piernas de las napolitanas, las quintas de los ricos en Posillipo con derecho a pinar y panorama... Era, no cabe duda, un no malo rincón del mundo. Por ejemplo.

El hombre se dejó de contemplaciones. Cerró herméticamente su mirada. Le bastó de golfo y luminarias, y miró, en cambio, la despatarrada boca del Vesubio. Empezó el descendimiento. Había un pequeño camino labrado en las escorias; llevaba hasta las fumarolas, las grietas que echan un vapor sulfúrico y caliente, las silenciosas ventosidades de Satanás, mejor dicho. Metió el hombre las manos en las grietas, quiso soportar todo lo posible, pero gritó. Se había abrasado.

Se palpó las ampollas. Se lamió y notó un delicioso sabor de azufre. Ya nada le siguió importando.

Con la suela aplastó la cáscara de un ritual huevo cocido por el turista, oh, que sube al Vesubio con el huevo precisamente. Y fue descolgándose por la pared arañada de la lava. Bajaba, y las arrugas de las piedras carbonizadas le desollaban aún más.

No quería ya mirar hacia arriba; pero su calidad humana, existente y sumamente deplorable, le hizo ver desde la gran laringe del cráter un último pedazo de cielo, esmaltado con oportunas estrellas. Escupió, y la rabia le hizo fallar el pie. Cayó con golpe ronco hasta el fondo del cráter. Sangraba de varios puntos, excepto del alma, que pudo no haber tenido. Medio ciego, porque una brecha en la frente le llovía una cortina de sangre sobre la vista, buscó el punto exacto, el orificio del Vesubio, el recto, que debía conducir, por supuesto, al centro de la Tierra, esto es, al infierno.

Se quitó un zapato; con él, a modo de pala, escarbaba y removía los cinabrios, los cristales de azufre, la lava seca y acartonada.

Alboreaba a estas alturas. Y algunos mosquitos ya planeaban. Y las cenizas del volcán empezaban a teñirse de algún color, esta vez impreciso. Pero había encontrado el sitio justo para desencadenar la definitiva eyaculación del Vesubio. Había encontrado la abertura, el centro de la herida; veía ya incluso el magma hirviendo su consomé pestilente, la última taza de caldo para el que va a morir, que iban a ser todos.

¿Que por qué? ¿La erupción? Reía macilento, sangrado, hecho un despojo. ¿Y todo eso de abajo, ese mundo, esa bahía, ese gobierno, esa gente, esas toses circunspectas para olvidar la muerte? Al diablo todo. «Soy anárquico, agnóstico y romano», escribió con un guijarro sobre la ceniza, y, finalmente, aclaró algo sobre quién pudiera ser. El anárquico (no anarquista ni napolitano; es curioso) sabía, por lo visto, el secreto del mecanismo del volcán. No era el Vesubio el manso ternero castrado. El sabía cómo irritar la placenta del volcán, cómo abrir el grifo a una lengua de fuego que sorprendiera lo de costumbre: sueños, coitos, traiciones, orinas, comidas, adulaciones, paseos, defecciones, defecaciones, confesiones, esperanzas, sustos, confianzas. Decidido. Adiós, planeta. Llegó el momento de pegar fuego al Vesubio. Buscó en sus bolsillos las cerillas.

En el viñedo de abajo se le habían caído. Ojalá hubiera tenido dentro cualquier líquido para destilarlo en una lágrima.

Luis Pancorbo
Via Dardanelli, 26
Roma